

Newton Compton Editores

Título original: *Murder at the Seaview Hotel*

© 2021, Glenda Young

© 2024, de la traducción por Raúl Rubiales Muñoz de León

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-11-9

Código IBIC: FA

DL: B 4.876-2024

Composición:

Javier Sánchez Meco

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Glenda Young

El extraño caso del homicidio en el Seaview Hotel

Traducción de Raúl Rubiales



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024

*Para Grace y Alfie:
que siempre podáis disfrutar de la alegría
de unas vacaciones en familia en Scarborough.*

Capítulo 1

Helen Dexter estaba sentada junto a la ventana en el Seaview Hotel, con la mirada perdida en el mar. El Seaview Hotel era su casa: un negocio de tres plantas, con diez habitaciones, situado en la zona de North Bay, en Scarborough. Se había pasado toda la noche allí, observando el exterior, con una botella de *whisky*.

No era algo que soliera hacer, quedarse despierta toda la noche bebiendo. Pero no todos los días organizaba una ceremonia en recuerdo de su difunto marido, que había sido el amor de su vida. Helen y Tom habían estado juntos durante más de treinta años: habían ido a la misma escuela, a los mismos clubs juveniles y se juntaban con los mismos amigos. Pero no fue hasta los últimos años de la adolescencia cuando finalmente empezaron a salir y se hicieron inseparables. Todo el mundo decía que estaban hechos el uno para el otro. Se casaron un día caluroso de julio, cuando ella tenía veintiún años y Tom veintitrés. El día de su boda, Helen prometió su amor a Tom delante de familiares y amigos, jurando profesarle su amor y cuidarlo hasta que la muerte los separase.

Cómo habían volado los años desde entonces. Helen tenía cuarenta y ocho y Tom habría cumplido los cincuenta en abril. Una meta que quedaría sin celebrar.

Después de la ceremonia de Tom, Helen había invitado a amigos cercanos y familiares al Seaview Hotel para comer algo y darle el último adiós al hombre al que todos habían adorado. A su alrededor quedaban los restos de salchichas envueltas en masa de hojaldre y vasos manchados de vino y cerveza. Su mejor amiga, Marie, se había ofrecido a limpiarlo todo antes de irse, pero Helen no se lo había permitido. Mientras la tarde se disolvía en la noche, había intentado disimular con todas sus fuerzas el alivio que había

empezado a sentir cuando todo el mundo había comenzado a irse. Quería estar sola, ya que tenía muchas cosas en la cabeza.

Estiró las piernas a lo largo del asiento junto a la ventana y se dio cuenta de que tenía una carrera en las medias a la altura de la rodilla derecha. Sus pantorrillas brillaban luciendo auténtico nailon negro de siete denieres, suave, sedoso y echado a perder. Se recolocó la media melena detrás de las orejas y se vio en el reflejo de la ventana. Sus grandes ojos marrones le devolvían la mirada; le sorprendió que su aspecto no denotara lo cansada que se sentía. Su chaqueta negra colgaba de una silla y sus zapatos negros descansaban al final del asiento. Se los había quitado cuando todos se hubieron marchado, pero, en cuanto Suki entró a husmear en el bar, tuvo que quitarlos del suelo. Suki tenía una obsesión con los zapatos: le gustaba mordisquearlos, y Helen debía ir con cuidado con lo que dejaba por ahí. Suki yacía en el suelo como si fuera un charco de caramelo líquido. Era una galga de carreras retirada, todo patas y ojos enternecedores.

Helen se giró para mirar por la ventana de nuevo. El sol empezaba a salir, pintando el cielo de un azul blanquecino.

Tom había estado enfermo durante meses, el cáncer lo había ido consumiendo por dentro a un paso implacable y cruel. Cuando Helen ya no fue capaz de lidiar con su dolor y sus cuidados, lo trasladaron al hospital St Paul. Lo había visitado a diario, a veces incluso se llevaba a Suki para que Tom pudiera verla a través del gran ventanal que había al lado de la cama. Suki se quedaba quieta fuera, ladeando la cabeza, observándolo. Cuando se acercaba el fin de su vida, Helen le prometió a Tom que seguiría regentando el Seaview Hotel, pero él estaba demasiado enfermo como para darse cuenta de que ella tenía los dedos cruzados cuando aquella promesa salió de sus labios.

El funeral íntimo, celebrado en la iglesia de St Mary y restringido solo a aquellos familiares que habían acompañado a Tom en sus últimos días, lo habría hecho sentir orgulloso. Después, en el crematorio, habían cantado su himno favorito, se habían intercambiado abrazos y se habían enjugado las lágrimas. Cuando el ataúd hubo desaparecido detrás de las cortinas, empezaron a sonar las

primeras notas conmovedoras de su balada favorita de Elvis, su única petición. Había sido fan de Elvis toda la vida. Recostada en la pared del bar del Seaview Hotel, había una máquina de discos repleta de canciones de Elvis, pero nadie la había usado desde el día que ingresaron a Tom en el hospital. En ese momento, más de tres meses después del funeral, Helen todavía no se atrevía a encenderla por miedo a que las emociones la sobrepasaran si lo hacía.

Dio un sorbo al *whisky*. Después del funeral, se había sentido incapaz de sobrellevar la pena. Así que la hermana de Tom, Tina, la había invitado a quedarse con ella y su familia en su granja en una parte remota de Escocia, y Helen había aceptado la invitación de cabeza. La granja estaba situada en medio de la nada, lejos de Scarborough, lejos del mar, lejos de cualquier cosa que le recordara a Tom. Había echado la llave al hotel, atado a Suki en el asiento del coche, cargado el maletero, puesto el pie en el acelerador y conducido como una posesa. Sentía que no se alejaba lo suficientemente rápido.

Le había dicho a Tina que se iba a quedar solo unos pocos días, pero esos días se convirtieron en semanas, que, a su vez, pasaron a ser tres meses. Tina le había insistido en que se quedara para las Navidades y Helen había aceptado la invitación con gratitud; no podía enfrentarse a pasar las fiestas sola. Estar en la granja resultó reparador para ella. Ayudaba a alimentar a las gallinas, paseaba con los perros por los campos y caminaba junto a los riachuelos cada mañana. Estar rodeada de los hijos adolescentes de Tina, con su energía y vitalidad, la había ayudado a sentirse más segura.

Cuando, al fin, se había sentido lo suficientemente fuerte como para volver a Scarborough, había decidido organizar una ceremonia en honor a su querido marido, una oportunidad de conmemorar su vida en un momento en el que estaba a punto de enfrentarse al futuro ella sola. Sin embargo, algo en algún rincón de su mente le preocupaba cuando hacía repaso de los invitados que habían ido al Seaview Hotel a tomar algo. Le llevó solo unos segundos recordar qué era. Dos de sus mejores amigas, Sue y Bev, parecían estar distantes la una de la otra, y Helen desconocía el

motivo. ¿Acaso se lo había imaginado o Sue se había asegurado de que viéramos como abandonaba el bar cada vez que Bev entraba? Sacudió la cabeza para descartar el pensamiento. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Dejó el vaso sobre la mesa y se pasó las manos por la cara. Todavía lucía el maquillaje, la máscara del día anterior. Pero no había nadie allí para ver el aspecto arrugado que debía de tener, aunque el reflejo de la ventana dijera lo contrario. Delante de un espejo, a la reveladora luz del día, sabía que su rostro suave y redondo estaría pálido y la piel bajo sus ojos oscura por la falta de sueño. El Seaview Hotel no tenía ninguna reserva pendiente. Cuando Tom ingresó en el hospital, Helen no se sintió con el valor ni la energía suficientes para gestionar el lugar; se le hizo demasiado cuesta arriba, incluso con la ayuda de su personal. Canceló todas las reservas y envió correos electrónicos con la noticia de que, debido a una situación familiar, el Seaview Hotel se iba a tomar un descanso.

Era ya principios de marzo, las vacaciones de Semana Santa estaban a la vuelta de la esquina y la temporada vacacional a punto de empezar; pero, por primera vez en décadas, el Seaview Hotel permanecía tranquilo. Cuando los decepcionados clientes a los que les había tenido que cancelar las vacaciones le preguntaron si podía recomendarles algún lugar en el que hospedarse, Helen les dio el número del hotel contiguo. Era el cuatro estrellas Vista del Mar, dirigido por Miriam Jones, una mujer que se creía a sí misma y a su hotel por encima del hotel de tres estrellas de Helen y Tom. Pero ya no eran Helen y Tom. Solo quedaba Helen, y eso la asustaba más de lo que se atrevía a admitir. Porque, a pesar de la promesa que le había hecho a Tom en su lecho de muerte, no estaba segura de si quería seguir con todo aquello. ¿Qué tipo de vida le esperaba a ella sola en un hotel destinado al ocio familiar?

Volvió a mirar por la ventana. La marea estaba subiendo, rompiendo las olas espumosas. Los surferos más madrugadores, vestidos de negro de la cabeza a los pies para protegerse del frío glacial del mar del Norte, estaban dirigiéndose hacia la playa.

Helen a menudo sentía que su corazón nunca se recuperaría de la

pérdida de Tom. Había sido su marido, su amante, su compañero del alma y su mejor amigo. Había sido durante décadas su vida, su todo. Al principio de su matrimonio, se había quedado embarazada dos veces, pero había perdido a ambos bebés –primero una niña y luego un niño– antes de nacer. Siempre la acompañó ese dolor, por lo que tanto ella como Tom acordaron que no se iban a exponer a más agonía intentándolo de nuevo. Fue entonces cuando compraron el Seaview Hotel. Pero, con la muerte de Tom, ¿podría seguir dirigiéndolo ella sola? ¿Quería hacerlo?

Sus pensamientos no se detenían; le daban vueltas por la cabeza y la mantenían desvelada por las noches. Tenía la mente completamente dispersa, pero debía centrarse, porque había gente que dependía de ella. Estaba Jean, la cocinera que Tom y Helen habían heredado cuando se hicieron cargo del hotel. Y también Sally, madre soltera, que se encargaba de la limpieza y que, hasta entonces, había dependido exclusivamente de cada moneda que ganaba en el Seaview Hotel. ¿Y de verdad podía quebrantar la promesa que le había hecho a Tom en el lecho de muerte y alejarse de todo lo que habían construido juntos? Todo el mundo le había recomendado que no tomara decisiones importantes mientras estuviera sumida en la pena. Pero cada día tenía que pelear contra el instinto de salir corriendo.

Soltó un profundo suspiro, volvió a dirigir la mirada hacia el mar y se perdió en la placidez de observar las olas, tan constantes como el ritmo de un latido. Y fue entonces cuando le sonó el teléfono.

–Buenas días. ¿Hablo con la señora Dexter? –preguntó una voz masculina grave.

Helen echó un vistazo al reloj de encima de la barra. Eran las 08:30 h. Se preguntaba qué tipo de persona llamaba por la mañana tan temprano. ¿Sería uno de sus proveedores? Tal vez fuera un cliente que quería hacer una reserva, sin saber que el Seaview Hotel estaba temporalmente cerrado, pese a estar colgado el aviso en la página web.

–¿Con quién hablo? –preguntó ella.

–Frederick Benson.

El nombre no le sonaba de nada.

–De la inmobiliaria Benson, del pueblo –añadió.

Helen notaba la cabeza enturbiada por el *whisky*, y los párpados le pesaban tras otra noche sin dormir; sentía todo el cuerpo como si hubiese hecho diez rondas en un cuadrilátero de boxeo.

–Deme un momento –respondió, dándose algo de tiempo para prepararse para una conversación que no quería mantener. Se reclinó sobre el marco de la ventana y miró a los surferos. Scarborough estaba cobrando vida, con tráfico en la calle Marine y turistas madrugadores fuera de temporada que salían a dar un paseo. Sostuvo el teléfono a distancia durante unos segundos, intentando concentrarse, antes de volver a ponérselo en la oreja–. Helen Dexter, dígame –saludó tan animadamente como pudo.

–Ah, señora Dexter, ¿cómo se encuentra esta preciosa mañana? Y qué mañana más espléndida tiene pinta que va a hacer. Nada mal para esta época del año.

Frederick Benson hablaba con un júbilo forzado. Helen no conocía a ese hombre y, aun así, le hablaba como si fueran amigos de hace tiempo. Eso solo podía significar una cosa, y el corazón le dio un vuelco. Scarborough era un pueblo con varios hoteles, un lugar donde la propiedad de los negocios cambiaba de manos a menudo. Los agentes inmobiliarios del pueblo llamaban de vez en cuando para preguntarle si había pensado en usar sus servicios en caso de decidirse a vender. Se le erizó el vello de la nuca. Por lo general, aborrecía seguirle la corriente a una llamada comercial fuera cual fuera el momento, pero mucho más a las 08:30 h de la mañana y en el estado en el que se encontraba.

–Señor Benson, soy una mujer ocupada –le dijo mientras estiraba el brazo en busca del vaso de *whisky*–. Si pudiera ir al grano, le estaría muy agradecida.

Frederick Benson se aclaró la garganta.

–Ah, sí, por supuesto. Bueno, este es el caso: nos han dado una orden algo inusual con relación al hotel del cual usted y el señor Dexter son propietarios.

Helen se quedó callada. No iba a sacar nada bueno señalándole a alguien a quien no conocía que ya no había un señor Dexter.

–¿Qué orden? –preguntó confundida.

–Señora Dexter, antes de continuar, quisiera preguntarle en confidencia, por supuesto, si usted y su marido han llegado a plantearse la posibilidad de vender el Seaview Hotel.

–¿Vender? –dijo reservadamente–. ¿De qué va esto? ¿Está usted intentando hacerse con mi negocio?

–No de la manera que se puede estar imaginando.

Helen pensó que había oído una nota de advertencia en su voz, pero lo atribuyó al hecho de que necesitaba dormir. Había sido una noche muy larga.

–Señora Dexter, hemos recibido una oferta para comprar su propiedad.

–No está a la venta –respondió tajante.

Las palabras le salieron con más agresividad de la que esperaba.

–Nuestro cliente nos ha pedido que le consultemos si está dispuesta a vender.

Helen se incorporó.

–¿Quién es? –preguntó.

–Me temo que no puedo revelar esa información; es confidencial –contestó el señor Benson–. Pero ha ofrecido una suma importante. Está bastante por encima del valor de mercado para una propiedad como la suya.

Helen tuvo que aferrarse al respaldo del asiento junto a la ventana cuando el señor Benson le desveló la cifra. Era suficiente dinero como para poder empezar de nuevo. Podría comprarse un apartamento en la zona de South Bay de Scarborough, uno de esos lujosísimos con balcón con vistas al mar y un jardín para Suki. Se podría permitir vacaciones frecuentes, incluso un coche nuevo. Podría tener todo lo que siempre había soñado. Pero sería una vida vacía. Nada de lo que pudiera comprar le devolvería a Tom. Cerró los ojos con fuerza y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

–Solo hay un inconveniente, señora Dexter –continuó el señor Benson–. El comprador ha estipulado que, si no recibe una respuesta antes de que acabe el día, retirará la oferta. Por eso la he llamado nada más llegar a la oficina, para que tenga todo el día para meditar su decisión. Cerramos a las cinco y media.

Estuvieron unos segundos en silencio antes de que Helen volviera a hablar.

—¿Por qué está tan interesado en comprar el Seaview Hotel? —preguntó—. Hay hoteles en venta por todo el pueblo. No tiene ningún sentido.

—No es en el negocio en lo que está interesado, señora Dexter.

—Quieren el edificio, ¿es eso? Pero podrían hacerse con cualquier otro en Scarborough. Algunos son más baratos que el Seaview Hotel, si estuviera en venta. Que no lo está —añadió a la defensiva—. ¿Y por qué deben saberlo antes de las cinco y media? ¿Por qué tanta prisa? Si tanto desean el edificio, me darían tiempo de sobra para poder meditar su oferta.

—Me temo que no tengo permitido aportarle más detalles —le informó el señor Benson—. Pero el tiempo corre, señora Dexter, y la decisión está en sus manos.

Capítulo 2

Helen permaneció bajo la ducha y dejó que el agua le cayera sobre la cabeza, el cuello y los hombros. Intentó concentrarse, intentó encontrarle sentido a lo que el señor Benson le había dicho, pero parecía demasiado extraño como para tomárselo en serio. Además, tenía que lidiar con la resaca y los efectos de otra noche sin dormir. No podía pensar con claridad; nada tenía sentido. Pero allí estaba: una oferta para comprar el Seaview Hotel. Una oferta que le podía permitir vivir holgadamente. ¿Sería capaz de aceptar una propuesta así?

Desde que Tom había ingresado en el hospital, le había pasado por la mente varias veces la idea de vender el hotel y empezar una nueva etapa, pero en ese momento sentía como si la estuvieran obligando a tomar una decisión. Era demasiado pronto para decidir, demasiado apresurado, pensó. No quería que la coaccionaran. Si algún día vendía el hotel, quería hacerlo tras haber examinado una oferta desde todos los ángulos posibles. Pero ahora le estaban diciendo que tenía menos de ocho horas y media para tomar una decisión. Era ridículo, y se sentía enfadada consigo misma por no hallarse con la mente despejada para pensar; sobre todo para tomar una decisión que le podía cambiar la vida.

Movió el cuello lentamente de lado a lado, dejando que el agua caliente le aliviara el dolor tras pasar una noche en el asiento junto a la ventana observando cómo la oscuridad aterciopelada desaparecía para dar paso a un nuevo día. Se preguntaba quién andaría detrás del Seaview Hotel y por qué. Solo podía ser una constructora, razonó, pero ¿por qué tenían a su hotel en concreto en el punto de mira? ¿Por qué no a cualquier otro?

El sitio bien lo merecía, por supuesto. Era uno de los ocho edifi-

cios de tres plantas de la calle Windsor Terrace, que subía hasta el punto más alto, por encima de North Bay. Los bloques se habían construido como casas privadas antes de que se reconvirtieran en hoteles durante el siglo XIX para albergar a los turistas fascinados por Scarborough, primer enclave turístico en la costa del país. Por aquel entonces la gente iba para disfrutar de las aguas de los balnearios. Tiempo después la atraían el *fish and chips*, los fines de semana soleados con brisa marina, los conciertos al aire libre y las dos gloriosas y anchas playas de arena.

A lo largo de Windsor Terrace, los hoteles se parecían entre sí en tamaño, pero estaban pintados de distinto color. El Seaview Hotel era de un verde apagado, entre el rojo, el azul y el blanco de sus coloridos vecinos. Todos los hoteles tenían un sótano –en el del Seaview Hotel estaba el apartamento de Helen–, con puertas que daban a un patio al nivel del suelo. El bar de la planta baja tenía una ancha ventana para poder gozar del esplendor de las vistas del mar y la bahía. Si embargo, mientras que los hoteles en Windsor Terrace eran similares en tamaño y distribución, el Seaview Hotel tenía una peculiaridad: estaba situado al final de la fila de edificios, el último antes de que el terraplén se curvara hacia las ruinas del castillo de Scarborough. Al otro lado de la calle se alzaba el dilapidado hotel Glendale, que había echado el cierre hacía meses. Tenía las ventanas tapadas con tablas, y las malas hierbas crecían por entre las grietas del camino. Habían colocado un cartel de SE VENDE tras la marcha de los ancianos propietarios, y el lugar se había quedado vacío desde entonces.

Helen cerró el grifo y cogió una toalla. Se preguntaba si habría una conexión entre la fachada ruinosa del Glendale y la oferta que le habían hecho. Tenía que ser un promotor, pensó de nuevo. No había otra. ¿Quién, si no, iba a ofrecer una suma tan descomunal? ¿Y por qué tanta prisa?

Se secó y se puso el camión sobre la piel húmeda y caliente, entonces cogió automáticamente el cepillo de dientes y se quedó paralizada. Era el cepillo de Tom el que tenía en las manos, no el suyo; lo había cogido por error. Le había comprado uno nuevo cuando lo habían ingresado en el hospital. Se lo había comprado

todo nuevo en aquel momento. Gel, cepillo de dientes, jabón, pijama; todo nuevo y limpio. Lo que significaba que todas sus pertenencias todavía estaban allí: en el baño, en el dormitorio, en todos los lados donde posara la vista. Tom estaba presente en las zapatillas junto a su lado de la cama; en el armario, donde sus chaquetas rozaban con los vestidos de ella; en las canciones de Elvis de la máquina de discos. Y tenía su cepillo de dientes en la mano.

No podía soltarlo; sentía la mano paralizada, el puño con un agarre férreo. Se obligó a tragarse las lágrimas, no más llantos. Ya había llorado suficiente, tenía que pasar página. Tom no querría que se mortificara. Querría que siguiera con su vida, que disfrutara de cada minuto y le sacara partido a cada uno de sus días. El pecho se le estremeció mientras intentaba contener el sollozo. Poco a poco, con cuidado, devolvió el cepillo al estante. En algún momento debía empezar a quitar las cosas de Tom y a empaquetar su ropa, pero sabía que todavía no estaba preparada.

Media hora después, vestida con tejanos, botas y un forro polar, Helen ató la correa a Suki y salió a disfrutar de un agradable día de marzo. La perra paseaba obediente a su lado mientras caminaban por la playa. Los primeros días que Suki pasó con ellos tras adoptarla en la protectora no pudieron soltarla de la correa; su instinto cazador era demasiado fuerte. Si advertía la presencia de otro perro en la distancia, salía disparada como una bala, y Helen y Tom tenían que perseguirla, sofocados y sin aliento, intentando que volviera. Ahora había mucha gente paseando por la playa, con su perro caminando al lado, persiguiendo piedras, brincando por las olas o cavando hoyos con las patas delanteras, esparciendo la arena por el aire.

Helen respiraba grandes bocanadas de aire de mar mientras caminaba.

—¿Adónde vamos a desayunar, Suki? —le preguntó a la perra.

Suki giró la cabeza al oír su nombre.

—¿Cómo dices, Suki? ¿Crees que deberíamos probar el Harbour Bar? Buena chica, esperaba que dijeras eso.

Helen miró su reloj. Como el señor Benson le había advertido, el tiempo iba pasando. Si quería aceptar la oferta para el hotel, debía decidirse pronto. El problema era que todavía no estaba segura de qué hacer. Frenó a Suki hasta que esta se paró y se sentó obediente sobre la arena. Helen giró la cara hacia el débil sol que intentaba asomarse por entre las nubes. Cerró los ojos, y el sonido del océano le rugió en la cabeza.

–¿Qué debería hacer, Tom? –susurró. La brisa arrastró sus palabras–. Ya sabes que no puedo seguir con el Seaview Hotel sin ti. Pero tampoco lo puedo dejar atrás. Necesito una señal. Si puedes oírme, si sabes por lo que estoy pasando, ayúdame, Tom, por favor.

Esperó, con el ansia de notar el contacto de su mano sobre su brazo, su cara cercana a la suya, su respiración en la oreja. Pero solo la acompañaban el rugido del océano y el susurro del viento que bailaba por encima de la arena.

–Venga, vamos a desayunar.

Helen siguió Foreshore Road hacia una cafetería pintada de un amarillo y un rojo brillantes. El Harbour Bar era el reclamo favorito de los turistas, que acudían allí para comer helados que habían sido premiados, novedades de pastelería americana, *sundaes* de chocolate bien coronados de nata, o gofres calientes que chorreaban sirope.

–Un bocadillo de beicon y un café americano, por favor –le pidió a la camarera, de edad avanzada y enfundada en un uniforme amarillo chillón–. Me sentaré fuera con la perra. ¿No tendréis un par de salchichas para ella?

La camarera le guiñó el ojo.

–Veré lo que puedo hacer.

Helen ató la correa de Suki alrededor de una de las patas de la mesa y se sentó en una silla. Los transeúntes que salían para darse una vuelta por Foreshore Road llenaban la calle. Era una mañana de jueves de principios de marzo, pero le parecía que había muchos más turistas de lo habitual para esa época del año. La buena previsión del tiempo para el fin de semana tal

vez tuviera algo que ver, pensó Helen. En la mesa de delante de la suya había un ejemplar doblado del *Scarborough Times*. Lo cogió y examinó el titular, que avisaba de una huelga de basureros en el pueblo.

Al cabo de unos pocos minutos, una taza de café humeante llegó junto al bocadillo de Helen. La camarera colocó en el suelo, al lado de Suki, un plato de metal con pedazos de salchicha.

–Muchas gracias –dijo Helen.

–No hay de qué –contestó la camarera, sin moverse. Estaba de pie con los brazos en jarras observando el ajetreo del puerto–. Una mañana preciosa, ¿no crees?

–Espléndida –coincidió Helen.

–No querría vivir en ningún otro lugar. Me encanta Scarborough. Hay mucho trajín esta mañana, por lo que se ve. Probablemente sea la convención que celebran en el balneario este fin de semana la que está atrayendo a tantos turistas.

–¿Qué convención? –preguntó Helen.

Normalmente estaba al corriente de los eventos que tenían lugar en el pueblo, pero, al haber estado en Escocia durante tanto tiempo, se había quedado al margen de lo que ocurría.

La camarera se rio.

–¿Cómo que «qué convención»? Se trata del mayor evento que jamás haya visto Scarborough.

Helen le dedicó una mirada desconcertada y se encogió de hombros.

–¿Acabas de aterrizar de Marte o qué? Va a ser todo un fenómeno. Hace meses que compré las entradas para el gran concierto del sábado.

–¿Quién toca? –preguntó Helen.

–El mismísimo Rey del Rock –respondió la camarera simulando reverencia.

A Helen se le encogió el corazón. Se acababa de acordar. Con todo lo que le había ocurrido en los últimos meses, lo había arrinconado en la parte trasera de la mente. Tom le había hablado con entusiasmo de ello cuando lo anunciaron, antes de que enfermara.

–Vienen imitadores de Elvis de todo el mundo –continuó la camarera–. Va a ser una pasada. Deberías ir y divertirte, querida. Perdona que te lo diga, pero parece que te iría bien distraerte un poco.

Capítulo 3

Las canciones de Elvis Presley habían formado parte de la banda sonora de la vida de Helen y Tom. Habían pasado noches felices bailando con su música en el bar del hotel. Todos los veranos el Seaview Hotel organizaba noches de Elvis, fiestas de Elvis y concursos de disfraces de Elvis. Tom se vestía con su traje blanco, movía las piernas y retorció los labios, en un intento terrible de imitación de Elvis que nunca había ganado un premio por más ganas que le pusiera. Y madre mía si lo intentaba. Pero era incapaz de afinar, esa era la perdición de Tom; sin embargo, eso no le impedía cantar con la música de la máquina de discos. Se sabía cada palabra, cada nota, cuándo tenía que parar, cuándo jalearse al público en el momento de mayor intensidad de la música y cuándo aflojar lentamente el ritmo con la voz entrecortada. Helen disfrutaba viendo a su marido en su salsa, gozando de cada segundo de aquellas noches de verano. Ella le seguía la corriente, lo alentaba y bailaba en sus brazos mientras el Rey del Rock sonaba en el salón.

—A tu padre le habría encantado la convención de Elvis, ¿no crees? —le dijo Helen a Suki entre sorbos de café; Suki estaba demasiado ocupada comiéndose la salchicha como para responder.

Justo cuando Helen estaba a punto de catar su bocadillo de beicon, su teléfono sonó con un número que no reconocía. Respondió deslizando el dedo sobre la pantalla.

—¿Hola?

—¿La señora Dexter? —preguntó una mujer.

—Sí.

—La llamo del crematorio Greenland para informarla de que ya puede pasar a recoger las cenizas del señor Thomas Dexter. Llevamos tiempo intentando contactar con usted, desde el funeral.

—¿Ya están? ¿Ah, sí? Oh, lo siento. He estado fuera y no he respondido al teléfono.

—Bueno, están aquí para que pase a buscarlas, señora Dexter. Cuando quiera reclamarlas, simplemente pregunte en el mostrador y traiga alguna identificación.

Helen colgó.

—¿Tú qué piensas, Suki?

Esta vez Suki levantó la cabeza y la ladeó. Helen se acabó el café, le pagó a la camarera y decidió darse un paseo hasta Greenland con Suki y aprovechar al máximo el buen día que hacía.

Estaba a punto de irse cuando el móvil le vibró con un mensaje de texto. Era de la inmobiliaria Benson, y el semblante se le ensombreció mientras leía. El señor Benson la apremiaba a llamarlo para aceptar la oferta por el Seaview Hotel antes de que fuera demasiado tarde. Sus palabras hicieron que un escalofrío le recorriera el cuerpo. ¿Qué quería decir con «demasiado tarde»? Las 17:30 h era la hora límite que le había dado, ¿no? El mensaje era seco, algo usual en un texto, eso lo sabía, pero había un deje de soberbia en aquellas palabras que la hacía sentir incómoda. Metió el teléfono en el bolso y echó a andar.

Cuando llegó al crematorio, comprobó el teléfono de nuevo, sorprendida por encontrar otro mensaje de Benson. En esta ocasión se trataba de un mensaje en el buzón de voz, todavía más hostil que el mensaje de texto, en el que el señor Benson la atosigaba para que le diera una respuesta. Helen se preguntó a qué estaría jugando y quién estaría moviendo los hilos. ¿De verdad alguien deseaba tanto el Seaview Hotel como para obligar al agente inmobiliario a enviarle textos y a llamarla regularmente y de forma agresiva? ¿Qué diantres estaba pasando? Sacudió la cabeza como intentando ignorar al señor Benson por el momento. Tenía algo más importante que hacer.

Había algo reconfortante en el crematorio, pensó Helen. La paz y tranquilidad del recinto, con el césped cortado y las copas de los árboles, contribuyeron a relajar su mente después de los inquietantes mensajes del señor Benson. Dentro de la pequeña sala, la operación de obtener la urna fue rápida y eficiente. Helen

mostró su carné de identidad y a cambio recibió una recia bolsa de cartón negro con asas. La levantó del mostrador y notó su peso por primera vez.

–Vaya –dijo con un soplido–. Nadie te advierte de lo que van a pesar las cenizas de un difunto.

La joven de detrás del mostrador esbozó una sonrisa débil e intentó hacer ver que era la primera vez que le hacían ese comentario.

Sosteniendo la correa de Suki en una mano y la bolsa en la otra, Helen se alejó de los terrenos del crematorio. Esperaba que le resultara extraño, incluso espeluznante, el hecho de llevar los restos de su marido en una bolsa. Pero aquello la reconfortaba de una manera que no había imaginado. Al fin Tom estaba de vuelta con ella, y sabía que solo había un lugar adonde podía llevarlo.

–¿Volvemos a la playa, Suki? –dijo en voz alta–. A papá le encantaba ese lugar, ¿verdad? Vamos a llevarlo allí por última vez.

Helen permaneció inmóvil en la arena dorada de la playa de South Bay, con las olas burbujeando a sus pies y Suki a su lado. A su alrededor se repartían los salones recreativos, los quioscos de algodón de azúcar y de caracoles de mar, puestos de *fish and chips*, tiovivos, barcos pirata, paseos en burro y trampolines. La brisa arrastraba los gritos del bingo que tenía detrás, y vio dos patitos y a dos señoras rechonchas. Con cada puñado áspero que esparcía en la arena, con cada ola que se acercaba para llevarse a Tom, las lágrimas se le derramaban por el rostro.

–Estás con tus bebés ahora –le susurró al aire.

Entonces la urna quedó vacía y las cenizas esparcidas por completo.

Se quedó quieta un rato en silencio antes de devolver la urna a la bolsa, entonces se empezó a alejar de la playa. Le echó un vistazo al reloj y el corazón le dio un vuelco cuando vio la hora; era mucho más tarde de lo que creía, casi la hora de comer. No había pensado seriamente en la oferta del señor Benson, y este le había vuelto a escribir para exigirle una respuesta. Quien fuera que estuviera detrás del Seaview Hotel lo quería desesperada-

mente. Pero ella no podía pensar con claridad, todavía no. Ay, le iría bien el dinero, por supuesto, y todo lo que le podía traer si decidiera vender. Pero que la obligaran a tomar una decisión en cuestión de horas era algo que la sobrepasaba. Para tratar de centrarse, decidió volver al Seaview Hotel y empezar por limpiar el desorden del bar.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue poner agua a hervir y prepararse un café para despejarse la mente, que seguía nublada por haber tomado demasiado *whisky* y no haber dormido suficiente. El aire fresco y el paseo con Suki la habían espabilado un poco, pero no lo bastante como para que pudiera llegar al final del día sin más cafeína. Otra llamada del agente inmobiliario la paró en seco, pero en esta ocasión la cogió.

—Ah, señora Dexter. —La voz de Benson se derramó lentamente en su oído—. Parece ser que ha estado ignorando mis mensajes. Llamaba para saber si ya ha tomado una decisión en lo que concierne a la venta del Seaview Hotel.

Helen notó como le brotaba la rabia. La estaban obligando a tomar una decisión cuando todavía no le había prestado a la oferta la atención que merecía.

—Todavía no, señor Benson.

—¿Y cuándo cree que estará en condiciones de darme su respuesta?

Helen meditó un momento.

—Más o menos cuando esté usted en condiciones de explicarme la razón por la que el comprador la necesita tan rápido —replicó ella.

El señor Benson soltó una risita ahogada y dijo que no podía aportarle esos detalles, y le suplicó que le devolviera la llamada antes de la hora límite.

Helen lanzó el móvil sobre una silla. No le iban a meter prisas con eso, no importaba lo que dijera el señor Benson. Si el comprador estaba tan desesperado por echarle mano al Seaview Hotel, entonces seguramente habría otras ofertas en el futuro, ofertas que no se sentiría tan presionada a aceptar, en el caso de que decidiera poner a la venta el hotel. Se preparó un sándwich y llenó el cuenco de la comida de Suki.

Era media tarde cuando empezó a retirar los platos y los vasos –muchos vasos– del salón. Lo bajó todo a la cocina usando el antiguo montaplatos que habían heredado cuando adquirieron el Seaview Hotel. El montaplatos era lento y ruidoso, pero le ahorraaba tener que subir y bajar las escaleras cargada con pesadas bandejas. Cargó el lavavajillas y entonces volvió al salón con un abrillantador y una bayeta. Al traste el día que se quería pasar recuperando horas de sueño. En su mente no paraba de dar vueltas a la llamada del agente inmobiliario.

Se obligó a mirar el reloj. Apenas le quedaban dos horas para comunicarle su decisión. No podía llamarlo todavía, no cuando seguía sin estar segura.

Abrillantó las mesas, entonces sacó la aspiradora y le dio una pasada a la alfombra, succionando cachitos de patata y migas. Otra mirada nerviosa al reloj la advirtió de que le quedaban noventa minutos. Luego setenta y cinco. Continuó matando el tiempo mientras intentaba obligarse a tomar una decisión. Suki estaba tumbada sobre la alfombra del bar observando sus idas y venidas. Cuarenta minutos. Quería mudarse y vender, ¿no? ¿No era eso lo que se había dicho a sí misma que iba a hacer? Treinta minutos. Se obligó a detenerse y quedarse quieta. El sol, que había estado peleando con las nubes todo el día, al final había conseguido abrirse paso y, solo durante un segundo, un rayo de luz se filtró en la estancia, bañando la máquina de discos con una luz suave y dorada. Helen se acercó lentamente a ella. Con cada paso que daba, el corazón le martilleaba. Sabía lo que iba a hacer.

Los botones de metal cedieron bajo su tacto. Número 158, la canción de Elvis favorita de Tom de todos los tiempos. Era la canción que había sonado en su boda, cuando él la había rodeado con sus brazos y la había sujetado firmemente en la pista de baile, susurrándole al oído, moviendo suavemente su cuerpo contra el de ella, mientras las palabras del Rey del Rock caían como polvo de estrellas a su alrededor. La máquina de discos cobró vida y las primeras notas flotaron en el aire. Era una canción lenta, una balada, una que Helen no había oído desde hacía meses. La mú-

sica comenzó a inundar el bar, y Helen no estaba segura de si se había sentado por voluntad propia o bien había caído en la silla que tenía al lado. Las piernas parecían cederle al tiempo que la melodía la envolvía y le estrujaba el corazón. Se elevó en un tremendo *crescendo* antes de irse apagando lenta y tranquilamente, y entonces se desvaneció.

Helen no se podía mover. Suki pasó silenciosamente por encima de la alfombra para acercarse a ella y descansó la cabeza sobre su regazo justo cuando sonó el teléfono. Helen apartó con cuidado la cabeza de la perra y cogió el aparato.

–Seaview Hotel–dijo con la voz más firme que pudo.

Se sentía vulnerable, triste, con las últimas notas de la canción todavía en la mente. La voz de un hombre respondió de inmediato.

–¿Hola? Llamaba para preguntar si tienen alguna habitación libre para este fin de semana.

Helen abrió la boca para responder, para decirle que no, pero la interrumpió de golpe el hombre, que no se detuvo ni para coger aire.

–Sé que dice en la página web que están cerrados temporalmente, pero es una emergencia, de otro modo no les habría molestado, y les pido disculpas. Necesitamos algún lugar en el que hospedarnos este fin de semana, y todo está lleno. Ya me he alojado en el Seaview Hotel antes, conozco el hotel, y me preguntaba si, ya sabe, tal vez habían reabierto y no habían actualizado la página web, y si hubiera alguna posibilidad, quiero decir, por pequeña que sea, de que puedan alojarnos durante dos noches. Como le he dicho, no se lo pediría si no estuviéramos desesperados.

–Lo siento, estoy... –Helen intentó intervenir, pero sin demasiado éxito.

–Lo he intentado en todos los demás sitios. Son mi última esperanza. Somos un grupo que venimos para la convención de Elvis, una banda de imitadores de Elvis, y tocamos el sábado por la noche en el balneario. Se suponía que habíamos reservado unas caravanas en Cayton Bay, pero Elvis Seis cometió un error en la reserva; no se le dan bien los ordenadores..., ya sabía que

tendría que haberlo hecho yo, y ahora no tenemos dónde quedarnos.

—¿Elvis Seis?

—¿No se lo he dicho? Somos doce en la banda. Nos llamamos los «Docelvis».

—¿Los Docelvis?

Un sonido extraño emergió de la boca de Helen, y le llevó unos segundos comprender que estaba riendo. Hacía mucho tiempo que no tenía un motivo por el que sonreír y, mucho menos, por el que soltar una carcajada.

—Soy Jimmy —se presentó el hombre—. También conocido como Elvis Uno. Así que, mmm..., ¿tendría alguna habitación libre?

Helen miró el reloj. Quince minutos.

—¿Hola? —inquirió Jimmy—. ¿Hola? ¿Sigue ahí?

Suki se sentó a los pies de Helen, levantando la vista hacia ella. Catorce minutos. Helen miró la máquina de discos que brillaba con la luz débil del sol.

—Tenemos... tengo diez habitaciones —dijo rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión—. Algunos de vosotros tendréis que compartir. El desayuno está incluido.

Oyó como Jimmy soltaba un enorme suspiro de alivio. Sacó un bloc de notas y un bolígrafo, y apuntó los doce nombres y la hora de llegada del día siguiente; entonces añadió una nota para sí misma, un recordatorio de que tenía que llamar a Sally y a Jean nada más colgar el teléfono. Pero había otra persona con la que se tenía que poner en contacto antes. Con cuatro minutos de tiempo, marcó el número de la inmobiliaria Benson.

—Señora Dexter —arrulló Frederick Benson con un profesionalismo adulator—. Qué placer oírla. Supongo que me llama con buenas noticias, ¿no?

—Bueno, son buenas noticias para mí, señor Benson, sí.

—Maravilloso. Sabía que entraría en razón. Déjeme que prepare el papeleo y...

—No, señor Benson, no va a necesitar ningún tipo de papel. Porque, por más cuantiosa que sea la oferta, le llamo para decirle que el Seaview Hotel no está en venta.

Se hizo un silencio. Helen notó cómo el señor Benson se quedaba sin aliento antes de aclararse la garganta y hablar de nuevo. Y ya sin rastro alguno del tono amigable que había empleado antes.

–Muy bien, como quiera –le dijo–. Pero déjeme que le advierta que mi cliente no estará contento con su respuesta, señora Dexter. Me temo que ha cometido un terrible error.

Capítulo 4

A Helen no le había gustado el tono de voz del señor Benson, pero atribuía su frialdad al hecho de que probablemente contara con una comisión considerable por la venta del Seaview Hotel y estuviera algo más que indignado.

–¿Qué es lo que he hecho, Suki? –preguntó.

Se sorprendía hablándole a la perra más que nunca desde la muerte de Tom, aunque Suki se limitaba a ladear la cabeza. Helen suspiró. Tras meses de aquí para allá, preocupada y con ansiedad por si debía vender o quedarse, al final había tomado una decisión. O más bien, la reserva de los Docelvis lo había hecho por ella.

Docelvis. El nombre le esbozó una sonrisa en los labios, algo que no había ocurrido demasiado en las semanas anteriores. Cuando canceló las reservas después de que ingresaran a Tom en el hospital, las habitaciones del Seaview Hotel se habían dejado desnudas. Había lavado toda la ropa de cama y la había doblado y guardado, y nadie había puesto un pie en las habitaciones. Se tenían que limpiar todas, así como los baños y el comedor. Helen sabía que no podía hacerlo todo sola. Únicamente podía hacer una cosa. Cogió el teléfono y llamó a la mujer en quien confiaba ciegamente y que se conocía el Seaview Hotel como la palma de la mano.

–¿Jean? ¿Cómo estás? Soy Helen.

–Helen, querida –respondió Jean amablemente–. Estoy bien. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo fue la ceremonia de Tom? Siento no haber podido ir. No me atrevía a dejar sola a mi madre en el geriátrico, tal como tiene las piernas.

Sobre las piernas de la madre de Jean no había mucho más que Helen no supiera ya. Era el tema preferido de Jean y lo sacaba a

colación a menudo. Jean era una mujer práctica de York que trabajaba en el Seaview Hotel como cocinera. Había trabajado para los dueños anteriores y, cuando Helen y Tom se hicieron con la dirección del lugar, les había mostrado cómo funcionaban las cosas. Rozaba los setenta, era bajita y fornida, con un rostro redondeado y rechoncho, y unas gafas que siempre le resbalaban y no paraba de subirse por el puente de la nariz. Tenía el pelo rubio corto, y era un terremoto de mujer que mantenía la cocina impecable.

Su madre vivía en un geriátrico, donde padecía de las piernas, y Jean hacía muchos años que era viuda. El Seaview Hotel era su vida, y se enorgullecía de su trabajo en él, especialmente de los desayunos que preparaba. Su desayuno inglés completo andaba de boca en boca en el pueblo; al menos eso era lo que creía Jean después de leer una valoración en la web que lo mencionaba: Fantástica localización. Desayuno maravilloso. Lo recomiendo. ¡Volveremos! Cuando Tom se la mostró, le encantó y le pidió que se la imprimiera, y desde entonces estaba colgada en la puerta de la nevera, sostenida por un imán con la forma del trencito de North Bay. Los desayunos de Jean consistían en elaboraciones modestas: sencillas salchichas, beicon y huevos con todo tipo de guarniciones. Helen no olvidaría jamás la mirada que les dedicó cuando ella y Tom le sugirieron un día que podía añadir gachas de avena o arenque ahumado como alternativa. Jean se mostró inflexible. Les dijo que o preparaba lo que se le daba bien, o no preparaba nada. Los arenques y las gachas nunca se hicieron sitio en su menú.

—¿Tu madre sigue sin estar bien, entonces? —preguntó Helen.

—Ha entrado y salido del hospital varias veces —suspiró Jean—, pero no te preocupes por mamá. ¿Cómo estás tú, querida? Cuéntame todo lo de la ceremonia.

—Fue tan bien como cabía esperar —explicó Helen—. Fue bonito, ¿sabes? Solemne, una verdadera celebración de su vida.

—¿Pusisteis aquella canción de Elvis, como él quería?

—Así es, Jean. La misma que sonó en su funeral. No hubo ningún par de ojos que no estuvieran empañados de lágrimas.

—Has perdido a uno de los buenos con Tom, pero creo que eso ya lo sabes —apuntó Jean.

–Era el mejor. Jamás conoceré a nadie como él. Tampoco es que quiera.

–Ah, eso lo dices ahora. Estás de luto. Tardarás tiempo en recuperarte, pero lo conseguirás tarde o temprano. Lo llevarás contigo siempre, como una piedra en forma de corazón en el bolsillo. Al menos así fue para mí cuando se fue mi Archie. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, querida?

–Me estoy planteando reabrir el hotel.

Hubo un silencio, y Helen pudo imaginarse a Jean en el comedor de su pequeño adosado en Dean Road asimilando la noticia.

–Claro que sí, muchacha –habló al fin–. Sabía que lo harías.

En ocasiones Helen se preguntaba si Jean la conocía mejor que ella misma.

–¿Cuándo?

–Bueno... –empezó a decir Helen–, te aviso con poca antelación. Acabo de recibir una reserva que llenará las diez habitaciones. Es un grupo de hombres.

–Ay, Helen, ¿no será una despedida de soltero? –Jean suspiró–. Ya sabes los problemas que ocasionan. Pensaba que tú y Tom habíais dejado de admitir despedidas en el hotel.

–No, son imitadores de Elvis, una banda de doce. Los «Docelvis», se llaman.

Jean estalló en carcajadas. Su risa era contagiosa y desató, de nuevo, la de Helen.

–Lo sé, menudo nombre, ¿verdad? Doce Elvis en el hotel. Y lo que es todavía más disparatado... –Hizo una pausa–. ¿Estás preparada?

–Venga, suelta lo que quieras. Crecí en Hull y tengo la piel lo suficientemente dura como para que me lances lo que sea.

–Vienen mañana y se quedan dos noches.

–¡¿Mañana?! –gritó Jean.

Helen cruzó los dedos y esperó. Solo había silencio, así que siguió hablando.

–Voy a llamar a Sally para ver si puedo conseguir que venga a ayudarme con la limpieza mañana a primera hora. Con las tres aquí, lo conseguiremos. ¿Qué me dices, Jean? ¿Vendrás a ayudarme?

–¿Mañana? –Jean pronunció la palabra con un gemido en esta ocasión.

–Tienen prevista la llegada por la tarde –informó Helen, intentando con todas sus fuerzas consolar a la mujer–. Tendré tiempo de sobra para ir a comprar todo lo que necesitamos: galletas, té y café para el desayuno, jabones y cosas para las habitaciones. Es casi como si empezáramos de cero. Vamos, Jean. Por favor. No puedo hacerlo sin tu ayuda.

–¡Hay que ver, chica! Eres una jefa dura, que lo sepas –repuso Jean–. Pero allí estaré. Puedes contar conmigo, como siempre. ¿A qué hora quieres que esté allí? ¿Va bien a las siete?

Helen bajó los hombros cuando empezó a relajarse al fin. Le dio las gracias en voz baja al techo.

–A las siete va perfecto. Gracias, Jean. Eres un ángel.

La siguiente llamada, sin embargo, no fue tan directa.

–¿Sí? –respondió una vocecilla.

–Hola, Gracie. ¿Puedo hablar con tu madre?

–Mamá está en el baño.

Helen intentó contener la risa.

–Soy la tía Helen –dijo, usando el título honorario que Gracie le había otorgado tan pronto como la pequeña había empezado a hablar–. ¿Cómo estás, Gracie?

–¡Tía Helen! –chilló Gracie–. ¡Tía Helen! He ido a la escuela hoy.

–¿Ah, sí? ¿Y qué has hecho en la escuela?

–Algo de mates y dibujar un poco, y pelearme también con Adam porque dijo que estaba sentada en su silla, pero no era verdad, tía Helen, no era verdad y me ha dicho... me ha dicho...

Helen oyó la voz de Sally de fondo.

–Dame el teléfono, Gracie. ¿Hola?

–Sally, soy Helen. ¿Cómo estás?

–Helen, hola. Perdona. Gracie me ha cogido el teléfono mientras estaba, mmm..., en la cocina. No debería dejarlo por ahí tirado. Cuando empieza a hablar, su verborrea no tiene fin. Estoy bien. ¿Tú qué tal? Quiero decir, después de la ceremonia de Tom y eso.

–Voy haciendo..., bueno, lo mejor que puedo. Gracias, Sally. Escucha, me preguntaba si estás disponible para trabajar ya.

–Ay –dijo Sally–. Gracie, deja eso. Suelta al gato. No, no le tires de la cola. Ya sabes que no le gusta que le hagas eso. ¡Gracie, no! Perdona, Helen, ¿qué decías?

–Te preguntaba si estás trabajando o no, y si te gustaría volver aquí.

Se produjo un silencio.

–¿Sally? ¿Sigues ahí?

–Si te soy sincera, Helen, no estaba segura de cuándo volverías a abrir, o ni siquiera de si lo harías después de, ya sabes, Tom y demás –confesó Sally vacilante–. Y ya sabes lo atada que estoy con Gracie, que tengo que ganar dinero para mantenernos. Y con el Seaview Hotel cerrado durante un tiempo, necesitaba dinero, así que...

A Helen se le encogió el corazón.

–¿Me estás diciendo que tienes otro trabajo?

–En el hotel Traveltime. Lo siento, Helen. Tuve que hacerlo. Tengo que pagar mis clases nocturnas del instituto y la ropa de Gracie, que crece a un ritmo que ni te imaginas, y el alquiler de este diminuto piso, además de los billetes de bus, comida y...

–Lo entiendo, Sally, de verdad.

El hotel Traveltime apareció en la mente de Helen. Era un edificio cuadrado en las afueras del pueblo, cerca de la ronda, uno de los nuevos locales pertenecientes a cadenas hoteleras que se estaban extendiendo como una plaga por los enclaves turísticos de la costa del país. Los hoteleros de negocios pequeños y tradicionales no miraban con muy buenos ojos las cadenas hoteleras, puesto que ofrecían a precios más baratos que ellos habitaciones básicas. Ninguno de los hoteles Traveltime tenía detrás a un dueño o dueña, sino a un mánager de atención al cliente, que, de todos los sitios posibles del mundo, estaba instalado en Düsseldorf y al que solo se podía contactar por teléfono. Algunos ni siquiera tenían mostrador para el registro de entrada; los huéspedes insertaban su tarjeta de crédito en una máquina –¡una máquina!– en el recibidor para obtener la llave de la habitación. Y ninguno ofrecía desayuno. Lo único que proporcionaban era una cama y un televisor en una habitación encalada cuadrada, con un cubí-

culo de plástico por baño. Todas las habitaciones eran idénticas a la contigua, a la de arriba y a la de abajo. Ninguna tenía buenas vistas; de hecho, a menudo los hoteles Traveltime se situaban en la zona más apartada, barata y agreste de la población.

Helen se quedó pensativa un momento.

–¿Cuánto te pagan?

–El salario mínimo, ¿qué iba a ser si no?

–Te añado cincuenta peniques la hora –propuso Helen rápidamente.

–Que sea una libra. ¡Gracie, no tires de las orejas al gato! –gritó Sally.

–Sesenta peniques –ofreció Helen.

–Ochenta.

–¿Setenta y cinco?

–¡Hecho! ¿Cuándo quieres que empiece?

–¿Cómo lo tienes para mañana a las siete? –dijo Helen, y aguantó la respiración.

–Me cago en la leche, Helen, menos mal que avisas con tiempo.

–Tenemos a doce imitadores de Elvis que vienen mañana por la tarde y se quedan dos noches. Tocan en el balneario; hay una convención de Elvis este fin de semana.

–No puedo irme de Traveltime sin más –repuso Sally–. Tendré que comprobar si tengo que avisarles con tiempo. Se han portado bien conmigo hasta ahora.

–¿Bien? ¿Cómo? –preguntó Helen.

–Me dieron una maravillosa aspiradora nueva. –Sally se rio–. Y un bonito cubo amarillo.

–¿Has firmado el contrato de trabajo? –quiso saber Helen.

–Tengo un contrato de cero horas –respondió Sally con tristeza.

–Entonces no les debes nada.

–Pero es demasiado arriesgado para mí dimitir con ellos solo por la promesa de trabajar para ti un fin de semana. Por más que me gustaría volver, Helen, no puedo dejar Traveltime por apenas dos días de limpieza tras el paso de los doce Elvis.

–Entiendo lo que dices –convino Helen, pensando con rapidez. Sabía que tenía que recuperar a Sally en ese instante o la perdería

para siempre—. Bueno, no sería solo para el fin de semana. Un hotel es para toda la vida, no solo para los Elvis.

—¿Me estás diciendo que seguirá abierto cuando se hayan ido?

—Eso es exactamente lo que digo —le aseguró Helen, afianzando la decisión con cada palabra que pronunciaba—. Y te ofreceré un contrato hasta el final de la temporada de verano.

Otro silencio. Helen sabía que Sally se estaba tomando su tiempo para pensárselo.

—Entonces estaré allí a las siete. ¿También vuelve Jean?

—Sí, seremos las tres trabajando juntas de nuevo, como en los viejos tiempos.

—¡Gracie! —gritó Sally—. Suelta al gato y sácale el lápiz de la oreja. ¡Ya! Lo siento, Helen, tengo que irme. Está torturando al pobre animal. Te veré mañana, ¿vale? Mira, sé que las cosas serán distintas, ya sabes, sin Tom. Pero aquí me tienes, Helen. Y vendrán días mejores.

—No te pega nada ser tan profunda.

—¿Profunda? ¿Yo? Ah..., mmm... No, quería decir que la previsión del tiempo para este fin de semana parece ser muy buena para esta época del año.

El rostro de Helen se arrugó en una sonrisa. Inmediatamente sintió una punzada de culpa por sentirse feliz, por primera vez, sin Tom.